

Entrevista

JOSÉ MARÍA MERINO

Escritor y académico

«Hay quien piensa que se puede modificar el lenguaje por decreto»

«Las nuevas tecnologías generan muchas palabras efímeras que tienen que posar antes de entrar en el Diccionario»

JOAQUÍN RÁBAGO

El filandón, un género popular de narrativa oral, que han resucitado tres escritores leoneses —Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez y José María Merino— en forma de microrelatos ha llegado a tierras germanas. Traducido primero al inglés, el libro que los recoge aparece en el idioma de E. T. A. Hoffmann y los autores, cual tres mosqueteros, han ido a presentar **Palabras en la nieve. Un filandón** a Berlín y otras ciudades de ese país. De ello hablamos con José María Merino.

—¿Qué es exactamente el filandón?

—Es una palabra que se deriva del latín, «filum» (hilo). Se llamaba así a la costumbre invernal que tenían las mujeres y los hombres de contar cuentos en las largas noches de invierno, cuando la nieve cubría totalmente los pueblos y mientras ellas hilaban y ellos se dedicaban a otras tareas como la de reparar sus utensilios.

—**Todas sus actuaciones en ciudades españolas y festivales de literatura como el de Hay, la feria de Cartagena de Indias o de Guadalajara (México), en Cuba, el Bronx neoyorquino, Belgrado, y en los institutos Cervantes de distintas ciudades han sido un éxito. La gente ha llenado las salas para escucharles.**

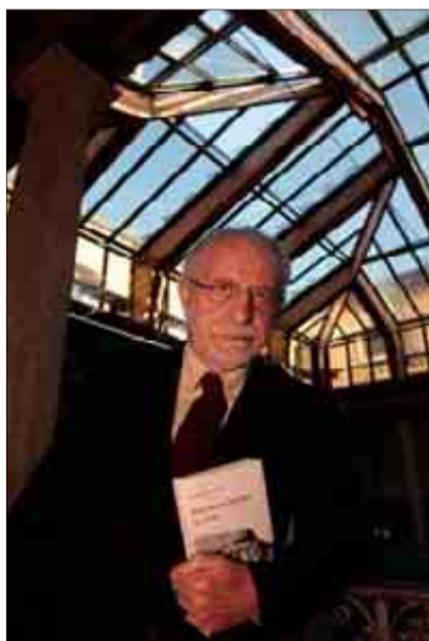
—Sí, a veces, cuando la gente se acercaba a nosotros, nos sentíamos como los Tres Tenores. Aunque hay que explicar que los nuestros no son cuentos populares, y lo que hacemos se parece más a las veladas literarias ilustradas. Lo cierto es que a la gente le gustan los textos breves que pueden ser fantásticos, sentimentales, de terror, filosóficos. Y en el minuto y medio que dura su lectura se encuentra una historia completa.

—**Además de narrador, es académico de la Lengua. ¿Qué le parece la actual polémica sobre el supuesto sexismo del lenguaje?**

—Hay gente que piensa que se puede modificar el lenguaje por decreto. Es como creer que si se elimina del lenguaje la palabra «enfermedad» o «infortunio», ambos van a dejar de existir. Yo a veces comparo a la Academia con el Icóna, es una institución dedicada a la conservación del lenguaje. Lo políticamente correcto me parece absurdo. Todo se debe a la confusión entre género y sexo. Es como lo de miembros y miembras. Las piernas son miembros aunque del género femenino. En francés los ríos son del género femenino y en alemán ocurre lo mismo con el sol.

—**Mientras que la luna en alemán es masculino.**

—Y ¿qué ocurre entonces con ardillas y truchas y jirafas, donde el género está marcado por el femenino? Hay en todo ello falta de formación



José María Merino. / ÁNGEL GONZÁLEZ

«Somos grandes lectores de literatura latinoamericana pero allí apenas nos leen»

cuando no mala fe. La sociedad crea las palabras. Y es cierto que una sociedad menos machista irá matizando y nosotros, la Academia, iremos recogiendo esas afinaciones.

—¿Qué ocurre con las palabras que van cayendo en desuso?

—El Diccionario de la Real Academia va ya por su vigesimotercera edición y las palabras que llevan tiempo que han dejado de usarse no se esfuman sino que pasan al diccionario histórico. Es durísimo quitarse una de encima. Desde que yo ingresé en la Academia, en 2008, por ejemplo, no se ha eliminado ninguna. Tenemos por ejemplo una palabra como «acercanza» (lo contrario de lontananza), que no se empleaba desde principios del XIX y varios académicos como Mingote, Javier Marías o Pérez Reverte dijeron que no podía desaparecer. Así que todos nos comprometimos a utilizarla en nuestros escritos.

—¿Y cómo aborda la Academia el tema de los neologismos?

—Algunos proponemos que se recojan en el Diccionario las palabras nuevas, que llevan ya tiempo en uso. Yo mismo he propuesto algunas como «distopía», o sea el futuro donde no se cumple la felicidad, o «metaficción», que

todavía no está, aunque sí figura «metaliteratura». Lo que más guerra nos está dando es el mundo informático. Ahora estamos discutiendo la palabra «tableta» para los iPad. No está tampoco Twitter. Las nuevas tecnologías suelen ir muy de prisa y muchas de esas palabras son efímeras. Hay que dejar que se posen para incorporarlas.

—**El que se traduzca ahora su libro al alemán no deja de ser un éxito porque, si se exceptúa a un puñado de autores, es muy poca la literatura española actual que se vierte a otras lenguas a diferencia de lo que hacemos aquí, que traducimos como locos lo que se publica en inglés y otros idiomas.**

—Sí, es como poner una pica en Flandes. Hay una desproporción evidente. Baste decir que Harold Bloom, el gran gurú de la crítica literaria, dedica un solo párrafo a Cervantes. Yo, que estoy al tanto del cuento literario puedo decir que en España éste alcanza una altísima calidad. Hay una cierta colonización y somos de alguna manera un país periférico. Pero ocurre incluso con Latinoamérica. Somos grandes consumidores y lectores de literatura latinoamericana, pero allí apenas nos leen. Aunque lo mismo ocurre, me parece, entre los propios países latinoamericanos. En la Academia tenemos suerte porque está la Asociación de Academias de la Lengua Española y mantenemos una estupenda relación. Pero no es algo que ocurra sólo en la literatura sino también en las artes plásticas, en las que España ha sido siempre una gran potencia sin que hayamos conseguido penetrar últimamente como deberíamos. No jaleamos a nuestros artistas. Preferimos aplaudir al foráneo.

—¿Tiene algún libro entre manos?

—Acabo de terminar uno que forma parte de una serie sobre los espacios naturales, que comenzó en una isla (**El Lugar sin culpa**), siguió con otro que se desarrollaba en una montaña (**La Sima**), donde abordaba el cainismo en la historia de España —el hecho de que aquí sólo tengamos enemigos y no simples adversarios. El que aparecerá en noviembre (en Alfabuara) se desarrolla en un río —fui antes de escribirlo al nacimiento del Tajo— y se titula **El Río del Edén**. Es una historia de amor sobre la traición y el arrepentimiento, que he contado en segunda persona, y estoy muy contento del resultado. Ahora sólo me falta irme al desierto —el de Tabernas o los Monegros— con el próximo libro.

Lecturas

El buen hacer y

Controversias en torno a la nueva edición del **Lazarillo de Tormes** a cargo del académico



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Los méritos de **Francisco Rico** como estudioso y editor de los clásicos no necesitan ser subrayados. Desde hace medio siglo ha aplicado su mucho saber, su no menor sentido común (y su instinto comercial, podríamos añadir) a un campo en que toda arbitrariedad tenía su asiento. El texto, para el habitual editor de los clásicos (y de los contemporáneos que alcanzan esa consideración), no era más que un pretexto que le permitía lucir, viniera o no cuento, su erudición. Francisco Rico, en sus ediciones y en las que ha dirigido, ha tratado de poner coto a esa mala costumbre. Notas, solo las imprescindibles, y en dos niveles: a pie de página, y lo más sucintamente redactadas, las de tipo léxico, las que permiten entender un texto de otra época; al final del volumen —y solo para estudiosos—, las variantes textuales y otras informaciones complementarias.

Los méritos de Francisco Rico, decía, no necesitan ser subrayados. No cabe decir lo mismo de sus arbitrariedades, genialidades y —por qué no darles el nombre preciso— malas mañas intelectuales, que solo se comentan en voz baja.

Su nueva edición del **Lazarillo de Tormes** culmina una labor iniciada en 1967. Aprovecha Rico la ocasión para poner en su sitio a quienes, como **Rosa Navarro Durán**, han hecho en estos últimos años aportaciones que se pretenden renovadoras y que no siguen enteramente la senda trazada por él. A Rosa Navarro Durán la llama en nota «antigua alumna y siempre amiga», pero la hace quedar como una alumna poco aventajada cuando no enteramente estulta: atribuye el **Lazarillo** a **Alfonso de Valdés**, que murió en 1532, y ni siquiera se ocupa de rebatir las razones que sitúan la redacción de la obra en 1539.

Pero las razones que da Rico para suponer que la novela se escribió poco antes de su primera impresión (en 1552 o 1553) no son ni más ni menos concluyentes que las que de Rosa Navarro para situarla a finales de los años veinte. Veamos uno de los argumentos de Rico. «Y como la antiquísima arca —leemos en el **Lazarillo**—, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consentió en su costado, por mi remedio, un buen agujero». En esas líneas encuentra una «diáfana adaptación» de **Garcilaso**: «Se rindió la señora / y al siervo consintió

Cuaderno de recuerdos

Diario de un hombre de éxito, una pulcra historia universal de **Ernest Dowson**



ANA VEGA

Inundados casi a diario por centenares, miles, de páginas, palabras, la mayor parte de las ocasiones sin mucho sentido, en una especie de afán infinito, tanto editorial como del propio autor, por moldear ese extraño objeto que denominamos libro, resulta grato encontrarse ante una discreta, mínima y muy personal historia como ésta. Historia personal pero universal, el recuerdo de un amor vivido y una amistad perdida, la juventud, las calles de una ciudad que un hombre vuelve a recorrer sintiendo por un instante aquellos días como presente y no como pasado ya

Las malas mañas de Francisco Rico

que gobernase / y usase de la ley del vencimiento». Es posible que a algunos lectores no les parezca tan «diáfana», pero aunque lo pareciera resulta difícil de aceptar el razonamiento que sigue: «Una evocación de ese tipo no puede proceder del conocimiento casual de la Canción cuarta a través de un manuscrito: nace de una familiaridad con la poesía del toledano que solo se explica tras la príncips de 1543 y sus posteriores reimpresiones; y cuanto más años después de 1543, tanto más claramente». ¿Quiere decir Rico que solo podía conocer bien, y aludir a ellos en su prosa, unos versos de Garcilaso si los había leído impresos y no en manuscrito? ¿Y que estaría más familiarizados con ellos si dispusiera de varias ediciones y no de una sola? De ser así, no podría haber habido admiradores ni imitadores de **Góngora** durante su vida, ya que sus grandes poemas se editaron póstumamente.

A los datos ciertos, Rico les añade abundantes suposiciones, unas más verosímiles que otras, pero no es este el lugar para referirse a ellas. Me limitaré a señalar lo que me parece un perfecto ejemplo de las «malas mañas» intelectuales a las que aludía antes. Tiene que ver con su «antigua alumna y siempre amiga». Al comienzo de la novela hay un pasaje problemático: «De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar». Ese «brincaba» y ese «calentar» han traído de cabeza a los sucesivos editores. Con dificultad pasaban el «brincar», pero de todas todas se les atragantaba el «calentar» (ya **José Caso**, en los años sesenta, propuso «acallaba»). Pero Rico no encuentra nada raro en el texto y explica «calentaba» según **Covarrubias**: «Calentar en la cama... arroparse». O sea que Lázaro hacía dar saltos a su hermanito y luego lo metía en la cama y lo arropaba bien; con pocos niños pequeños ha tratado quien no ve extraña esa secuencia.

Rosa Navarro ha propuesto una lectura del pasaje que parece bastante más atinada que la habitual. Llegó a ella gracias a un pasaje de la **Tragicomedia de Lisandro y Rosalía**, publicada en Salamanca en 1542. Dice así: «Cuando era niña yo la brizaba, y con el trebejo la acallaba, y con otras cosas de niñez con que los niños en aquella edad se suelen regocijar». «Brincaba», escrito «brincava» sería una errata por

«bricava», que significa, «mecía», «acunaba» y eso es lo que hacía Lázaro con su hermanito para «acallarle» cuando lloraba.

La interpretación puede ser discutible. Lo que no parece discutible es que, publicada por primera vez en la revista «Edad de Oro» (2009) y repetida en otros lugares, Francisco Rico ha de conocerla. Pero entre las muchas publicaciones de Rosa Navarro que incluye en su bibliografía no se encuentra ese artículo, y en el aparato crítico considera «inadmisible» una propuesta de **A. Ruffinatto**, pero ni menciona la bastante más admisible de su antigua alumna. Y trae en apoyo de su tesis una cita de un **Tratado de patología** que nos deja perplejos: al niño «debenlo calentar con trebejuelos y con bonos sonos y cantares sabrosos que l'alegren». Como los editores que tanto critica, Francisco Rico pretende explicar un pasaje confuso con una cita que necesita una todavía mayor explicación.



Lazarillo de Tormes

«Lázaro de Tormes»
Edición, estudio y notas de Francisco Rico.
Real Academia Española / Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.

Los primeros lectores del Lazarillo lo leían como una obra auténtica aunque luego pudieran ir entrando en sospechas

Pero dejemos a un lado tiquismiquis eruditos (apasionantes, por otra parte) y vayamos a la más curiosa novedad de esta edición. Al contrario que en las más antiguas conocidas, de 1554, el texto no aparece como anónimo, sino que lleva nombre de autor: «Lázaro de Tormes». Y es que

—sensacional descubrimiento— el Lazarillo no es una obra anónima, sino apócrifa, esto es, atribuida a un autor supuesto, como los **Cantos de Ossian**. Los primeros lectores del Lazarillo lo leían como una obra auténtica, como la carta de un pregonero, al menos al principio, aunque luego poco a poco pudieran ir entrando en sospechas de su carácter ficticio, y así quería que lo leyera el desconocido autor, que calló su nombre, no por miedo a la Inquisición (que prohibió el texto, no se sabe por qué, ya que, según Rico, las críticas anticlericales de la obra las compartían «obispos y sacerdotes, franciscanos, dominicos y agustinos, conservadores y erasmistas y, desde luego, el pueblo menudo»), sino para dar mayor verosimilitud a una obra con la que inauguraba un nuevo género literario: la novela moderna.

¡Curioso concepto de verosimilitud el de Francisco Rico! Un pregonero analfabeto —Rico no está seguro de que sea analfabeto—, al que han pedido información sobre un «caso» que le atañe dicta una carta a un escribano y la comienza de la siguiente manera: «Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca vistas y oídas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto les deleite. Y a este propósito dice Plinio que “no hay libro por malo que sea que no contenga algo bueno”». Esas líneas no forman parte de una carta, sino que son el prólogo de un libro (por mucho que Rico, al quitar los epígrafes de las primeras ediciones, pretenda ignorarlo). Lázaro de Tormes no es el autor apócrifo de La vida de Lazarillo de Tormes; y de sus fortunas y adversidades, sino solo el narrador y protagonista, como Pascual Duarte no es el autor apócrifo de **La familia de Pascual Duarte**.

Crítica Rico las atribuciones modernas del Lazarillo basadas en «semejanzas tomadas a ojo de buen cubero» o en «corazonadas». ¿Qué habría que decir de la suya, que parece una ingeniosa ocurrencia de café que se viene abajo en cuanto se vuelve a leer la obra? Mejor no decir nada y limitarse a citar la sabia reflexión del niño Lázaro cuando ve a su hermanito asustarse de su padre, tan negro como él: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».



Diario de un hombre de éxito

Ernest Dowson
Editorial Periférica, 2012
43 páginas

El título no se corresponde en este caso ni con vida ni con obra, desgraciadamente

Casi como Poética podríamos describir esta historia, como bien se advierte en el prólogo: «Dowson declaró en más de una ocasión que los dos textos que ahora reunimos en este volumen “representaban” su visión integral del amor y de la vida. **Sylvia Plath** y **Elizabeth Smart** se hicieron eco de esta afirmación, e incluso recrearon algunos pasajes de estas obras en piezas que eran tanto un homenaje a Dowson como una afirmación de sus propias personalidades». Dos textos, prosa y poema, que forman un todo compacto indisoluble, con un eje central bien definido: una reflexión sobre el amor y todo lo que conlleva. El autor demuestra una sensibilidad extraordinaria, también ironía al comenzar este relato con un título tan poco afín como **Diario de un hombre de éxito**; título que no se corresponde en este caso ni con vida ni obra desgraciadamente. «El destino no tiene escrúpulos. Eso decían los poetas clásicos», nadie podría negar tal afirmación pero sí añadir que siempre podremos salvar del fuego los recuerdos engendrados y lo vivido hoy a través de ellos.

Con llingua propia

Catálogo d'habilidaes

Les distintes voces poétiques de Héctor Pérez Iglesias



ANTÓN GARCÍA

Depués d'una triloxía espléndida, que situó a **Héctor Pérez Iglesias** (Arlós, Llanera, 1978) como referencia de la nueva poesía asturiana, l'autor parez tantiguar caminos nuevos con esta entrega de título llamativu, **Aquella xente nunca sabía aú llevaben les carreteres xunta les que vivien**, dividida en cuatro partes diferenciaes. Los cinco poemas iniciales, que conformen la primera, «Cosmogónes», intenten poner orde na incertidume d'un «llinaxe condergáu» que busca tierra nuevo onde asentar y que termina poblando la orilla del mar. Pa esplicáenoslo sírvese de versículos llargos pelos que despliega la so rica y feliz imaxinería, anque da la sensación de que la serie termina abruptamente, como si la idea inicial previera un desarrollu más llargu y per dalguna razón se truncara.



Aquella xente nunca sabía aú llevaben les carreteres xunta les que vivien

Héctor Pérez Iglesias

Premiu «Elvira Castañón» 2010
Uviéu, Trabe, 2011

«Nocturnos», la segunda parte, compónse de siete poemas nos que reconocemos ensiguida al poeta descriptivu y minuciosu d'otros llibros, al que-y gusta'l desbordamientu verbal y sorprender al llector con símbolos poderosos y nuevos: esi calabazón que rueda pela caleya, el llimón qu'arrestalla... Héctor Pérez ye quien a construir una renovada visión de l'aldea, alloñada de tópicos anque utilice elementos tan característicos (y en desusu poéticu) como la pasera, el llavaderu, el carru o les quintanes. Demuestra nesta parte que nun ye'l tema lo que fai actual determinada poética, sinón l'enfoque, la maestría con que s'aborda.

Dalguna vez tenemos la tentación de dicir que la poesía d'esti escritor ye una sabia condensación de los dos caminos que s'enfrentaron nos ochenta, el que se vien etiquetando como figurativu frente al diferencial. Na tercer parte, la que se titula «Estielles», Pérez Iglesias rompe esa síntesis decantándose hacia la construcción fragmentada y l'hermetismu, nunna propuesta que resulta la menos interesante del llibru, sobremanera porque poco puen hacer les llaparaes de la desconexión imaxinista frente al oru verdaderu de la modulación reflexiva, poderosa y nueva con qu'esti poeta tresmite lo cotidianu.

La conmoción existencial, la descripción o l'asociativismu d'esos partes dexen pasu a la introspección na última, «Rumbos», onde vuelve'l poeta que más apreciamos, el qu'indaga na realidá y nos tresmite los sos llogros formales con esplendor verbal. D'imaxinativu y fértil caracterizamos a Pérez Iglesias en dalguna ocasión, adxetivos a los qu'habría qu'añadir agora, a lo menos, el de plural, atendiendo a les distintes voces que se sienten nesta entrega, menos unitaria que les anteriores, pero con mayor carga simbólica y un tonu épico novedosu en dalgunos poemas. A diferencia d'esa xente a la que se refier el título, l'autor parez saber onde lleven los distintos caminos poéticos que tantexa equí, pelos que se mueve cola intensidá a la que nos tien avezaos.

enterrado bajo sus pies («Tuve la ilusión de ser joven de nuevo cuando desperté esta mañana y oí que sonaba el Carillón, como lo habrá hecho, con toda seguridad, desde que lo escuchara por última vez, hace veinte otoños. Sí, durante un instante me sentí joven. Sólo durante un instante. Cuando salí a la calle recobré la conciencia de mis viejos tormentos, la ilusión se desvaneció»)

Dowson describe con una delicadeza extraordinaria todo cuanto sus ojos contemplan ahora, no sólo el paisaje exterior, también interior, el que le devuelve a otros días, sentimientos, pasiones, vivencias, cierta nostalgia evidente. Y esa sutilidad que encontramos en estas páginas consigue enamorarnos al lograr limpiar de algún modo todo ese bagaje innecesario —o peso— acumulado con el paso del tiempo, desengaños, falta de esperanza, e incredulidad que todo hombre y toda mujer acumula en su mirada. **Dowson** nos demuestra la posibilidad de narrar una historia universal y llena de matices, lectura cómplice, y también cierto lirismo, con la precisión, exactitud y utilización de recursos mínimos, como si de una fórmula matemática se tratase, o de un poema.